

EL ARGUMENTO NO SALIÓ A ESCENA

EL paleta volvió a su vilorrio encantado de las atracciones de la capital y comentaba en el casino la excelente representación teatral de la noche anterior. Se levantaba el telón y aparecía un salón muy bien alhajado y varios hombres que hablaban entre sí. Después de un descanso volvía a levantarse y aparecía un dormitorio. Dos señoras discutían y una señora acostada discutía con otra de pie junto a la puerta. Después entraba más gente vestida de negro. Pero lo más bonito es que después el telón bajaba y subía y aparecía un bosque con varios cazadores... «Bueno, bueno —interrumpí el culto del lugar—, ¿pero cuál era el argumento?» «¿El argumento? —respondió el «eputado» paleta—; el argumento no salió a escena.»

Durante semanas España no ha tenido Gobierno, aunque a decir verdad estamos tan habituados a ello como para no haberlo notado en exceso, y la energía de la opinión pública, si es que la hay, y de los medios de comunicación, si es que los tiene, se ha invertido casi íntegramente en incubaciones políticas en torno a la crisis ministerial. Esta se ha dilatado días y días, porque tras el reajuste parecían debatirse profundos conflictos de intereses e ideológicas. Al final la montaña paró un ratón, y la tan traída y llevada crisis ministerial, la que ha tenido paralizada la Administración del Estado, la que no ha contribuido a redorar la figura del partido del Gobierno y de su jefe, se ha reducido a la incorporación de algunos técnicos ilustres en sustitución de otros no menos ilustres técnicos, al intercambio de algún que otro puesto burocrático entre el partido y la Administración y a que se encargue del Ministerio de las Autonomías la persona que, desde hace tres años, como asesor del ministro Clavero, primero, y como negociador principal de los Estatutos, después, controla, si es que está controlado, el tema autonómico. Todo ello merced al cese de un ministro de cuya presencia en el Gobierno no teníamos noticias y a que, ¡oh novedad!, el vicepresidente Abril sigue rigiendo, si es que está regida, la política económica del país.

No es inusual en la democracia la prolongación de las crisis gubernamentales, si bien es verdad que ello se deba más frecuentemente a la coalición entre partidos que a la incoherencia del partido dominante. Pero lo cierto es que cuando Bélgica, Suecia, o incluso Italia, han estado semanas pendientes de la formación o remodelación del Gobierno, ello ha sido debido a problemas objetivos: esto es, a un argumento sin el cual el drama político se convierte en una sesión de circo. Los políticos belgas pueden tardar días, semanas, e incluso meses en ponerse de acuerdo sobre temas escolares o lingüísticos, como los políticos suecos pueden dilatar sus coaliciones por discrepar en torno a temas energéticos o fiscales, porque son estos temas los que importan al bienestar de los ciudadanos, al programa de los parti-

dos y, en consecuencia, a la preocupación de sus dirigentes. Lo que es inconcebible en cualquier democracia es que el argumento político se sustituya por las rivalidades puramente personales que ni siquiera se toman el trabajo de revestirse de diferentes opciones ideológicas o programáticas.

Los rivales de don Fernando Abril no ofrecen una alternativa económica a la seguida por éste, y la sustitución del señor Fontán por el señor Pérez Llorca difícilmente se traducirá en un cambio de política autonómica, puesto que el sustituto ha sido el efectivo director de la misma desde hace muchos meses. La competencia de hombres como J. L. Alvarez e Ignacio Bayón está suficientemente comprobada. Pero, ¿cambiará acaso la política del Ministerio de Industria o del de Transportes? ¿Tiene algún significado, allende lo estrictamente personal, el nombramiento de Rafael Arias Salgado como ministro de la Presidencia, o que J. A. Ortega y Martín Retortillo sigan desempeñando, con otro título, sus anteriores funciones?

Son esas cosas las que constituyen el argumento de una vida política que trascienda las apetencias de poder de los políticos. Sin duda la ambición personal es un carburante insustituible en la acción del político y los imperativos éticos no pueden traducirse a la realidad social si no se apoyan e instrumentan a través de ese instinto de poder que eufémicamente se llama por algunos espíritu de servicio. Pero si no existe más que ese instinto, si el político no tiene otro programa que su propia carrera, si no ofrece nada más que su propia figura, la política pierde toda responsabilidad ante el cuerpo social. El drama se hace comedia.

España no es diferente de las demás democracias europeas y UCD tiene materia prima para parecerse a otros grandes partidos democráticos de allende nuestras fronteras. Incluso sus dirigentes son, por lo general, tan honestos y competentes como puedan serlo los políticos europeos. Falta simplemente desechar los malos hábitos y convencerse que en democracia al pueblo importa una política objetiva, expresa y seria.

Pero para ello es preciso que, al más alto nivel, el ideal de la mera duración se sustituya por la duración de una idea, de una ideología que suponga un programa, unas opciones, unas prioridades y una seriedad en su realización. El poder así entendido da lugar a que las alternativas al mismo trasciendan la rivalidad personal.

Mantenemos la esperanza de que el debate del día 20 de mayo próximo en el Congreso suponga el inicio de una verdadera política de Gobierno y de partido, por la que Publius ha venido abogando con tanta insistencia.

Solamente así la representación que vio el pueblerino no será una sucesión incoherente de escenas y personajes, sino una obra dramática de verdad.—PUBLIUS.